ESCUCHA EL VIENTO DE OTOÑO

VOLUMEN I

María Beltrán

Cuenta la leyenda que en otoño, por las noches, con el siseo del viento, si prestas atención, se pueden oír los lamentos de una mujer que llaman desesperadamente al amor que nunca encontró, y al que busca por toda la eternidad.

.....
.....

Él estaba cogiendo una bolsa de deportes del asiento del copiloto, la dejó y se dio la vuelta. María, por un instante, dejó de respirar. Su cerebro solo era capaz de fijar la vista en los ojos que tenía delante. Unos increíbles ojos verdes...

.....
.....

Quería dejar de mirar sus hipnóticos ojos, pero ¿adónde miraba? ¿A su incitante boca? ¿A su excitante torso?... ¿Más... abajo?... Mejor sus ojos. Y mientras lo pensaba lo hacía, y él soltó una pequeña carcajada, y el rostro de María se encendió aún más.

.....
.....

María era esa clase de mujer de andar elegante y decidido, de

expresión inteligente y segura, sobre la que los hombres posan la mirada cuando la ven acercarse, miran de reojo cuando pasa a su lado y vuelven la cabeza cuando se aleja.

.....
.....

–¡¿Atractivo?! Eso es quedarse muy corta. María, por favor, mírale bien –dijo mirando hacia el grupo en el que él estaba. María volvió la cabeza hacia allí–. Está como para cometer cualquier pecado con él y no arrepentirse. –María no tuvo más remedio que reír–. Además, no sé por qué, me da a mí que los dos...

.....
.....

Y había demasiadas mujeres más jóvenes, más guapas y más dispuestas que atraerían a Michael antes que ella. Y, si se diera la remota posibilidad de que le atrajera, lo único que conseguiría...

.....
.....

Ni la lógica, ni la experiencia, ni la certidumbre de que era un imposible, ni saber que solo le iba a acarrear sufrimiento, ni su control racional, eran capaces de sacar a Michael de su corazón.

.....
.....

Tenía el torso desnudo, la camiseta sujeta a un lado del pantalón y la piel brillante por el sudor. María había intuido,

imaginado cómo sería el cuerpo de Michael, pero la realidad lo superaba con creces. Era un auténtico espectáculo verle acercarse.

.....
.....

Evidentemente, las chicas eran impresionantes, de manera que, todos los hombres que pasaban cerca se los quedaban mirando, deseándolas a ellas y envidiándolos a ellos, y todas las mujeres que pasaban cerca se los quedaban mirando, deseándolos a ellos y odiándolas a ellas.

.....
.....

–¿No te cansas de ir siempre con ese tipo de mujer?

–¿Con qué tipo de mujer? –preguntó él a su vez con el ceño fruncido, con expresión curiosa y divertida.

–Las del género «solo polvazo».

Michael rio a carcajadas.

.....
.....

–Yo había pensado que tú fueras mi plan nocturno –contestó él en voz baja.

Otra vez esa voz: tentadora, seductora; esta vez acompañada de la mirada penetrante, intensa, incitante de sus ojos verdes.

.....
.....

Ella, sorprendida, fascinada y entregada por la deliciosa

forma de iniciar el beso, sintiendo el corazón golpeándola el pecho violentamente y un calor sofocante...

.....
.....

La tierra se cortaba abruptamente al llegar al mar formando acantilados de rocas de color ámbar, que un mar, increíblemente azul, golpeaba furioso en su base como queriendo derribarlos, dejando su espuma blanca que parecía negarse a abandonar la roca queriendo trepar buscando la cima, pero retirándose vencida una y otra vez.

.....
.....

–No la dejes escapar, hay pocas mujeres como ella, y que me lleve el diablo si sé por qué, pero te quiere profundamente. Solo tienes que ver sus ojos cuando te mira.

Él, simplemente, sonrió.

.....
.....

¿Por qué lo había hecho? Él solo quería ser su amigo, pero para ella era alimentar un fuego que no debería haberse encendido, que no iba a poder controlar y que sabía la consumiría hasta solo dejar sus cenizas.

.....
.....

–¿Qué estás haciendo con María? –Con las cuerdas del nudo

que acababa de deshacer en las manos, se detuvo y le miró muy serio. Tardó unos segundos en continuar—. Te conozco Michael y te aprecio, de verdad, pero María no es el tipo de mujer al que estás acostumbrado, ni tú el tipo de hombre que va de excursión familiar y juega con niños. ¿Qué quieres de ella?...

.....
.....

Cuando el coche de Michael desapareció de su vista, María puso las yemas de los dedos sobre sus labios queriendo con ello retener el beso, y estos se curvaron en una pequeña sonrisa.

.....
.....

Esa noche, como muchas otras, María soñó con Michael. Soñó que hacía el amor con él lenta y dulcemente, irradiando amor en cada movimiento, y las sensaciones fueron tan fuertes, tan reales, que la despertaron.

.....
.....

María le devolvía los besos con timidez, temiendo hacer algo que estropeará la estimulante cadencia establecida por Michael. Respondiendo al último beso, apoyó las manos en sus hombros, abrió ligeramente la boca y acarició, tímidamente, con la lengua, sus labios...

.....
.....

–¿Quieres tomar algo?

–No. Te quiero a ti –respondió él con su aterciopelada voz y un fondo de lujuria.

.....
.....

La melena cayendo en mechones desordenados sobre sus hombros, la espalda ligeramente hacia atrás adelantando, ofreciendo sus pechos, sus ojos entrecerrados con un fulgor casi obscuro, su boca entreabierta, húmeda... María era la representación viva de la tentación lujuriosa.

.....
.....

...casi doloroso por su intensidad que terminó con un latigazo poderoso y desgarrador que agitó su cuerpo y le hizo exhalar el aire en un sonoro gemido, clavando los dedos en la espalda de Michael.

.....
.....

Cuando avanzaba por el pasillo, oyó voces, entre ellas la de Michael. En su cara se dibujó una gran sonrisa, su corazón se aceleró y aceleró el paso.

.....
.....

Liz llegó a eso de las siete de la tarde y encontró a María con los ojos y la nariz rojos e hinchados, pálida, muy pálida, y con el

abatimiento y la desilusión guiando sus movimientos.

.....
.....

Se quedó con ella sin decir nada, llorando en silencio, simplemente abrazándola, haciéndole sentir que, al menos, no estaba sola.

.....
.....

–Quería saber cómo te encuentras, te fuiste tan rápidamente que me quedé preocupado. Y... –sonrió con sensualidad– ...no puedo dejar de pensar en la noche del sábado. Quiero más. –Y alargó su mano para acariciarla.

.....
.....

–Me gustaría... que solo por un segundo, por un pequeño instante, sintieras una minúscula parte del desgarrador dolor que yo siento. Sería la única manera de que lo entendieras...

.....
.....

No entendía qué sucedía. Las chicas eran preciosas, de cuerpos excitantes y dispuestas a hacer todo lo que él quisiera, como siempre, entonces, ¿qué había cambiado?

.....
.....

En María se mezclaron, el horror que sentía por la posibilidad de perder a Laura, con la rabia y la impotencia porque no podía ir con ella, con el odio que sentía hacia Michael, y se rompió.

.....
.....

María miraba la escena paralizada, con una mezcla de horror y de alivio.

–¡Michael! ¡Basta! ¡Le vas a matar! –le gritó Josh.

.....
.....

–No puedo estar sin ella, es... como... si me faltara el aire. No puedo pensar en nada que no sea ella, no tengo sueños en los que no esté ella, no puedo sentir nada si no es con ella.

.....
.....

No quería pensar en eso ahora. Lo único que quería era llorar, rezar, prometer, comprar al destino, vender su alma al diablo si fuera necesario para que siguiera vivo.

.....
.....

Michael la retuvo abrazándola por detrás, por la cintura y los hombros, apoyó la frente en su cabeza y cerró los ojos en un gesto de dolorosa necesidad. A María le saltó el corazón en el pecho...

.....
.....

Se quedó inmóvil, con la vista fija en ellos, reconocía las técnicas de seducción que él mismo solía utilizar.

.....
.....

Ella negó levemente con la cabeza y las temblorosas lágrimas cayeron.

–Lo tengo dentro de mí, impreso en mi piel, en cada una de mis células, como una marca de propiedad.

.....
.....

De María salió un doloroso sollozo. Realmente le quería y sentía sobre ella todo el aplastante peso del enorme dolor que le estaba causando.

.....
.....

Si el dolor y la tristeza pudieran gritar, el sonido en la habitación sería ensordecedor, pero solo había silencio, extremo silencio, como si estuvieran en el espacio.

.....
.....

Michael puso su mano detrás de la nuca de ella, entrelazando

los dedos con su pelo, y prolongaron el beso, que se convirtió en un beso lento y dulce, cargado de tristeza, hasta que los separaron.

.....
.....

Sonríó contemplando su rostro dormido y, con la punta de los dedos, con una delicadeza extrema, siguió la línea de su cara, de su cuello, y los paseó por su torso, admirándole, con el corazón henchido de un amor indescriptible, un amor que pocos tienen el gozo de sentir.

.....
.....

Cada beso, cada caricia, era amor puro. Pequeñas porciones de la enorme cantidad que ella tenía, que había ido acumulando sin encontrar a quién entregárselo.

.....
.....

–Yo te prometo amarte con todo mi corazón todos y cada uno de los días de mi vida, abrazarte cuando estés triste y simplemente escuchar, despertarte cada día con una sonrisa y recibirte cada día con un beso, apoyarte, ser sincera, leal, fiel, comprensiva, luchar por evitarte todo dolor y sufrimiento, dar mi vida por ti, estar siempre que me necesites.

.....
.....

María daba vueltas por la planta baja de la casa, miraba la puerta de entrada, se sentaba en el sofá del salón, miraba el teléfono, y volvía a dar vueltas. A las diez de la noche, ya no pudo espantarla más y la palabra «engaño» se instaló en su mente.

.....
.....

A María no le importaba por qué había llegado tarde o qué le había traído, ni tampoco le importaba que la cena estuviera fría y el champagne caliente, que las velas se hubieran consumido y la chimenea apagado, ni que su vestido estuviera arrugado, su pelo revuelto y su maquillaje destrozado de tanto llorar. Lo único que le importaba era que él estaba allí.

.....
.....

A Michael le excitaba sobremanera verla encenderse, arder y llevarla hasta el umbral de la extinción. No sabía si María estaba en ese punto, pero él sí. La cogió de las piernas y la arrastró por la cama hacia él.

.....
.....

Michael se retiró suavemente de su ya calmado interior, la dejó con delicadeza en la cama y cayó de rodillas, exhausto y sudoroso, jadeando intensamente.

.....
.....

Mechones de su melena castaña la cubrían la cara. Los apartó con extrema delicadeza para no perturbar su tranquilo sueño. La adoraba. Nunca se imaginó que aquella mujer que le miraba hipnotizada, nerviosa y avergonzada la primera vez que la vio, iba a conseguir que no deseara nada en este mundo más que a ella.

.....
.....

Su ronroneo sugerente al lado del oído sonó tan seductor, tan sensual, que le provocó una extraordinaria combinación de anticipación y expectación que encendió su cuerpo e hizo...

.....
.....

En la cara de María había aparecido una sonrisa de perversa complacencia, que aún no había borrado, desde que Michael había tensado inicialmente los músculos para luego darle completo acceso, había tomado una bocanada de aire con un golpe y no había dejado de gemir de satisfacción.

.....
.....

–¿Que has tenido un percance, en la ducha? ¿Qué percance? Es la primera vez que faltas a un entrenamiento.

–Bueno... un percance con María –contestó Michael sonriendo, y su sonrisa se transmitió por el teléfono.

–¿Con María? Ya entiendo. ¿Satisfactorio?

–No sabes cuánto. Ni te lo puedes imaginar, amigo.

.....
.....

La inesperada revelación la dejó estupefacta. Iba a decir algo, pero Michael le pidió que esperara poniendo el dedo índice sobre sus labios.

.....
.....

»Tenía decidido hablar contigo después de la fiesta, pero no ha sido necesario. ¡Me alegro tanto por vosotros! Después de Carlos sois las... y de Cynthia, claro, sois las dos personas que más quiero en este mundo. Claro que como me oyera mi madre... bueno sois las tres personas... y también está mi hermana...

.....
.....

A María la excitó la idea. El poderoso, atrayente, irresistible estímulo de lo prohibido, al que no había cedido nunca, hasta ahora.

.....
.....

El incontenible deseo reprimido poco antes inundó de nuevo a Michael. Esa mirada salvaje, abrasadora, otra vez. Le decía con su cuerpo que iba a tomar lo que era suyo. Era primitivo, irrefrenable, instinto sin civilizar.

.....

.....

La sangre ardiente acudió a su cara y el calor de su cuerpo aumentó haciendo que su piel abrasara. Michael se dio cuenta y dibujo en su cara una sonrisa malévola. Buscó con sus manos los pechos de María y empezó a masajearla...

.....

.....

...si no quería que las dos mujeres se enteraran de que estaban allí, así que, giró la cabeza hacia atrás preguntándole con la mirada qué estaba haciendo y diciéndole que parara. Vio en su sonrisa que no iba a hacerlo, y saber que no podía evitarlo la encendió de tal manera...

.....

.....

Cubría con la boca una lámina de fresa y deslizaba los labios para meterla dentro, luego lamía con su cálida lengua el chocolate y la nata hasta la siguiente lámina, hacia arriba, despacio, con fuerza, saboreando la fruta, y a ella...

.....

.....

María levantó los brazos implorándole que fuera a ella, que apagara ese fuego, pero él, con una sonrisa traviesa, malévola y complacida en los labios, y una lentitud exasperante...

.....

.....

María le abrazó y besó con dulzura.

–Gracias. Gracias por amarme –le susurró con voz tierna y cálida.

Él, casi sin respiración, como respuesta, cogió su cabeza, la llevó hacia él y la besó allí donde sus labios la tocaron.

.....
.....

Laura le miró, con su mirada limpia, inocente, sincera.

–¿Por qué no volviste? Quise llamarte pero mamá no me dejó, me dijo que no podía llamarte nunca. ¿Es que has dejado de querernos?

Michael la cogió de la mano.

.....
.....

Pensaron ir a Escocia: verde, abrupta, un poco ruda y misteriosa, con sus castillos encantados y sus monstruos prehistóricos; una combinación que les atraía mucho, sobre...

.....
.....

No hablaban, disfrutaban del descanso, del sonido del mar y el gorjeo de los pájaros, del cielo limpio, del suave aroma de la hierba y de las primeras flores de la primavera y, sobre todo, de su contacto, de la sensación de sentirse inmensamente amado y amar inmensamente; sensación que nada puede igualar, que nadie puede describir, que es como un poderoso campo de fuerza contra todo y contra todos que te aísla y protege, y a la vez, una

poderosa arma para luchar que te da increíble fuerza como si de una poción mágica se tratara, que hace que hasta el más conflictivo problema no parezca tan malo. La vida es extraordinariamente más hermosa cuando se ama y se es amado.

.....
.....

–Pero... ¿Aquí?... ¿Y si nos ven?

Michael no pareció haber oído lo que ella decía, o si lo oyó, no lo tuvo para nada en consideración y siguió con la primera tarea que se había propuesto en su plan erótico: desnudarla.

.....
.....

Los otros dos tipos hicieron gestos de asentimiento sin quitar de su cara sus desagradables sonrisas. María pasó de la vergüenza al miedo.

.....
.....

María, entre las lágrimas, miró a Michael en el suelo, destrozado, sangrando, y un tremendo dolor la desgarró por dentro. Miró a los hermanos y vio animales salvajes. Sabía que iban a violarla y que después no tendrían ningún escrúpulo en matarlos, y un terror sobrehumano se apoderó de ella porque no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

.....
.....

Si se tratara de una película que María estuviera viendo tranquilamente en su casa y totalmente ajena a ella, le habría visto la gracia a la situación, su humor negro, pero allí, solo podía sentir miedo, rabia, repulsión, desamparo.

.....
.....

En el centro de la habitación había una gran cama antigua de madera, que parecía roble, cubierta por una desgastada colcha de brocado de color burdeos, y repartidos por ella, varios muebles que habrían hecho las delicias de un anticuario si no estuvieran en tan mal estado.

.....
.....

Ella ya no pensaba nada, ya no sentía nada, no era nada; habían conseguido aniquilarla. Era simplemente un objeto que utilizaban.

.....
.....

María bajó con el albornoz. Al llegar al final de las escaleras, oyó algo que hizo que su corazón se parara. Una ola de pánico recorrió su cuerpo al reconocer los sonidos. Corrió hacia la entrada del salón, y al llegar...

.....
.....

–¿Pensabas decírmelo?

María bajó la mirada y negó con la cabeza. Ni por un segundo había pensado que Michael fuera culpable de lo que había ocurrido, pero sabía que él sí lo creería, y que eso le atormentaría.

.....
.....

María, que le miraba con ojos llorosos, asintió varias veces con la cabeza y, acto seguido, su cara se deformó de nuevo llorando. Le rodeó el cuello con un brazo, se pegó a él con desesperación y ocultó la cara. Su cuerpo se agitaba y lloraba con fuertes quejidos de desolación. Él la arrojó con sus brazos intentando abarcar todo su cuerpo.

.....
.....

La adrenalina había ido llenando el cuerpo de Michael como se llena un vaso y transformándose en odio y furia líquidos que se repartía por su cuerpo y presionaba, presionaba, presionaba..., y la presión le hizo estallar. Lanzó un rugido animal...

.....
.....

Fue la señora Menzies, el ama de llaves, la que, por la mañana temprano, al ir a trabajar, descubrió que la casa había ardido. Entró en las ruinas, todavía humeantes, y vio los tres cadáveres carbonizados.

.....
.....

Se puso completamente roja de vergüenza y humillación, se sentía desnuda, total e íntimamente expuesta ante ellos. Se giró, se refugió en Michael ocultando su rostro y comenzó a llorar.

Michael lamentaba hacer pasar a María por esto...

.....
.....

Mac bajó la cabeza e hizo un gesto negativo con ella.

María sintió como si una mano la cogiera el corazón y se lo estrujara lentamente hasta convertirlo en pulpa. Dolor, inimaginable, extremo, infinito dolor. Se apretó el pecho con las dos manos, se encorvó y su cara se convirtió en una máscara deforme.

.....
.....

Antes de salir por la puerta, Carlos se giró y miró a Mac con ira.

–Sabes que no debiste enviar a Michael.

Escupió las palabras, en voz baja, hiriente, acusadora. Él bajó la cabeza enormemente avergonzado y no dijo nada.

.....
.....

El sacerdote empezó a hablar. A María la empapó un sudor frío, su cuerpo temblaba y se le agitó la respiración. Quería rebelarse, y deseó gritar. Gritar hasta que los cielos se abrieran y le explicaran por qué, o hasta que se enfurecieran y acabaran con ella; y huyó.

.....
.....

Había oscurecido. Noche cerrada, oscura, sin luna y extrañamente fría. El silencio era absoluto, parecía que ni los insectos se atrevían a perturbar el sueño eterno de los que allí moraban. El opresivo ambiente...

.....
.....

En su bufete pensaron que para tratar con María no necesitaban un peso pesado, así que le enviaron a él para que fuera fogueándose; un joven y brillante abogado con muy poca experiencia y... todavía con sentimientos.

.....
.....

Aquel sitio le pareció el borde del mundo: solitario, silencioso y aterrador, más allá solo habría monstruos. Hacía varias horas que había amanecido, y el sol, casi en su cenit, se escondía y reaparecía de detrás de las nubes como un niño jugando al escondite.

.....
.....

Sintió como si el aire detrás de ella se hiciera más denso y cobrara forma, y como si unos brazos la envolvieran, protectores, y una boca le susurrara palabras de esperanza, como si unos labios la besaran; y en el poco tiempo que...

.....
.....

–Lejos. Tenía que encontrar el sentido de... de todo... o encontrarle sentido a algo... no lo sé.

María tenía un aspecto lastimoso, pero aun así, y aunque hablaba como un inocente condenado a muerte que simplemente ha aceptado su destino, había algo nuevo en ella, una nueva energía.

.....
.....

En el tiempo que tenían libre, hacían ejercicio juntos, ella con desgana; salían a ver espectáculos, a los que ella no prestaba mucha atención; de compras, que no la interesaban; a cenar, pero casi no comía; daban larguísimos paseos en los que Josh no paraba de hablar de millones de temas diferentes, siempre se le ocurría algo, aunque solían ser casi monólogos; ... Aun así, a pesar de su apatía, su desgana, su desinterés, su silencio, estaba lo suficientemente ocupada para que...

.....
.....

–¡Has hecho bizcocho! –exclamó Laura entusiasmada nada más abrir la puerta y olerlo–. Dame, dame, dame, quiero, quiero, quiero... poorfaaa –pidió a su madre poniendo cara angelical que sabía que la hacía reír pero con la que al final conseguía lo que quería.

.....
.....

La noche siguiente, los dos subieron a acostarse y, antes de separarse a la puerta de la habitación de María, esta le deseó buenas noches con un beso en la mejilla, como hacía cada noche. Josh se fue a su habitación, se cambió y se sentó en la cama rumiando algo en su interior. Se levantó decidido y fue a la habitación de María. Llamó y abrió la puerta despacio.

.....
.....

¡Acariciarla, solo acariciarla!, ¡lo había deseado tanto! Emitió un leve gemido por ver cumplido su anhelo. Deseaba su cuerpo pero, por primera vez en su vida, deseaba aún más su alma; la amaba intensamente y quería que ella también lo hiciera.

.....
.....

María insistió a lo largo de toda la tarde del día de Navidad. Las llamadas se espaciaron cada vez más y los mensajes se acertaron, hasta que se rindió, y en el último mensaje solo dijo: «Te quiero. Lo siento».

.....
.....

Cerró la puerta tras de sí con deliberada lentitud, para que le diera tiempo de cambiar su cara de dolor, de reponerse; sentía como si una mano se hubiera abierto paso en su pecho y le hubiera arrancado el corazón. Ella se quedó al otro lado con los ojos llenos de lágrimas que a duras penas podía contener.

.....
.....

–¿Mamá, por qué no nos quiere nadie? –preguntó la niña nada más entrar en la casa.

La visión simple y muchas veces acertada de los niños.

María se derrumbó completamente. Abrazada a Laura, le costó largo rato poder contestar.

–No necesitamos a nadie. Estamos mucho mejor tú y yo solas.

.....
.....

El tiempo no ayudaba precisamente al ánimo de María. Los días eran oscuros, con un cielo plomizo y un frío realmente desagradable; y ella odiaba el frío. Pero ¿qué podía esperar allí en enero? Si por lo menos nevara... El frío es hermoso cuando nieva.

.....
.....

–¿De dónde la has sacado?

–Eso ahora no importa. –Apoyó las dos manos en la mesa con las palmas abiertas y gritó con rabia–: ¡Explícamelo!

A María la furia empezó a salirle por los ojos y enormes lágrimas recorrieron su cara.

.....
.....

María no contestó. Tenía un único objetivo, como un robot asesino: encontrar a Josh. Cerró también de un portazo la puerta

del despacho de Liz al salir, lo que hizo que todos, en la sala exterior, miraran hacia allí sobresaltados y vieran a María dirigirse hacia las escaleras con paso rápido y nervioso y una expresión en su cara que impresionaba.

.....
.....

Levantó el brazo y Josh pensó que iba a abofetearle. Esperó el golpe, pero ella vaciló y no lo hizo. Dio media vuelta de nuevo para marcharse. Josh se lo impidió sujetándola por un brazo.

.....
.....

La luz negra intermitente parpadeando rápido consiguió que la pista de baile pareciera llena de un conjunto de zombis moviéndose descoordinadamente con fognazos blancos de ojos, dientes y trozos de prendas de vestir; y también consiguió ocultar la expresión de Michael.

.....
.....

Michael estaba jadeando, con las manos apoyadas en las rodillas, que tenía un poco flexionadas, y la cabeza mirando al suelo, intentando recuperar el aliento, cuando llegó Josh.

–¿Qué ha pasado con Mac?

–Nada. La misión continúa –contestó Michael secamente poniéndose erguido, cogiendo una toalla del suelo y...

.....
.....

Casi antes de terminar de hablar empezó a lamer de forma excitante, a recoger deslizando sus labios sobre ellas, en un exquisito beso, las gotas de agua que habían caído sobre María, y las que caían según él se iba moviendo hacia abajo sobre ella.

.....
.....

La cogió con una mano por el cuello presionando con el pulgar y el índice justo debajo del final de la mandíbula inferior haciendo que levantara la cara con un gesto de dolor.

–¡Yo decido! ¡Entendido!

Separó mucho las palabras, con una clara amenaza en la voz. No gritó, pero fue lo suficientemente alto para que, unido a su tono y a su expresión salvaje, con un brillo casi asesino en los ojos...

.....
.....

Era algo que ella siempre hacía justo antes de dormir: se peinaba con los dedos y echaba su pelo hacia arriba y hacia atrás, la molestaba que le cayera sobre la cara mientras dormía. Era uno de esos pequeños gestos que María hacía sin darse cuenta y que él adoraba ¡Dios, cuánto la iba a echar de menos! La contempló, tan serena, tan ajena a todo lo que iba a suceder, sin imaginarse que su vida iba a cambiar tan radicalmente en unas horas, sin saber que iba a ser la víctima inocente...

.....
.....

Michael esperó, esperó, esperó... pero no podía esperar mucho, resultaría sospechoso; y el malestar crecía y la alarma aumentaba taladrándole el cerebro. Ya había esperado más de lo razonable. En un impulso, mandó un mensaje...

.....
.....

Michael miraba su cara blanca como la cera después de habérsela lavado en el servicio para hombres del café. Sacó un par de toallas de papel de un dispensador que tenía a la derecha y se secó mirándose al espejo. Inspiró profundamente una vez y salió para seguir representando su farsa.

.....
.....

Su tono era tan extremadamente grave, su voz como un murmullo, y las palabras, como gruñidos con los dientes apretados, dichas tan despacio, que producían terror; pero la adrenalina que genera el miedo y el dolor intensos, el máximo peligro, era lo que a...

.....
.....

El ruido de los motores en el interior del avión militar era un rugido constante y demasiado elevado, realmente molesto, pero a los hombres que iban en su interior, acostumbrados a él, no les afectaba. Permanecían en silencio. Unos dormitaban con la cabeza apoyada en la pared curva del casco del avión, otros tenían la mirada perdida frente a ellos, alguno jugaba con su teléfono móvil... y solo uno de ellos, con los ojos cerrados,

sonreía.

.....
.....

–Michael... Tenemos que hablar –le dijo cuando este se dirigía a su antigua habitación a vestirse.

–Si fueras una mujer me asustaría esa frase –bromeó Michael.

Al entrar en la habitación, Michael vio que estaba llena de cajas. Levantó las solapas de algunas de ellas y vio que contenían su ropa, sus libros, sus fotografías... todas sus pertenencias.

.....
.....

En Michael se mezclaban el dolor y la ira. Dolor al imaginarse a la persona que más quería en este mundo en el penoso estado que le describía, e ira porque su amigo, en quien confiaba, le hubiera mentado; pero le dejó seguir sin decir nada.

.....
.....

Bebió otra vez de su copa antes de continuar. Quizás intentando retrasar, aunque fuera mínimamente, lo inevitable, o quizás buscando las palabras más adecuadas o la mejor manera de exponer y justificar lo que él mismo creía injustificable, o buscando el engañoso valor que da la bebida para decirle a su mejor amigo que le había traicionado.

.....
.....

Gritaba con inmensa furia al tiempo que las lágrimas cruzaban su cara en un río interminable. Su tono se hizo más bajo y triste.

–¿Sabes lo que es vivir con miedo a que tu frágil vida vuelva a romperse y que esta vez no te sea posible soportarlo?

.....
.....

María tenía que aclarar sus sentimientos, apaciguar sus emociones, intentar entender y asumir la situación, perdonarlos a todos y decidir; y Michael solo podía esperar que ella le perdonara y le eligiera. Todo lo que se podía decir estaba dicho, más palabras no ayudarían.

.....
.....

Michael intuyó que María quería ir sola a hablar con su amiga y que, probablemente, quería alejarse de la violenta e incomodísima situación en la que se encontraban. En cualquier caso, no esperaba que le preguntara si quería acompañarlas.

.....
.....

La naturaleza, normalmente ajena a los sinsabores de la vida de los humanos, parecía que no quería empeorar la delicada situación y había decidido hacer una pausa en el frío invierno. Al igual que el día anterior, el sol, aunque pálido, calentaba agradablemente, y el cielo se presentaba de un azul suave surcado aquí y allá por largos trazos blancos como pinceladas de acuarela. Era una tarde hermosa, con un toque melancólico.

.....
.....

Desde que habló con ella a primera hora de la mañana, no había dejado de pensar en qué quería decirle, en que la quería, en qué debía decirle, en que deseaba verla, en que la deseaba... Levantó y giró la cabeza como si alguien le hubiera tocado en el hombro para avisarle de que venía.

.....
.....

María le levantó las manos y acercó a ellas los labios. El beso fue intenso, retenido, con inmenso amor e inmensa pena. Levantó la cabeza, miró de nuevo sus bellos ojos y continuó con la voz saliendo ahogada de su garganta a través del nudo que poco a poco, según se aproximaba el momento más difícil, iba cerrándola por completo.

.....
.....

Pasaron un rato abrazados por la playa, despacio, en silencio, relajados por el suave murmullo de las olas, admirando una preciosa luna rodeada y levemente tocada por alargadas nubes entre las que se veía el azul casi negro del cielo nocturno; unas nubes que, teñidas desde un suave dorado pasando por diferentes azules cada vez más oscuros hasta que este se hacía profundo y agrisado según tu mirada se alejaba de la luna y su fulgor era más tenue, conferían al conjunto un aspecto mágico, irreal, por demasiado hermoso. Tal belleza desaparecería mucho más rápido de lo deseado, como el tiempo que se habían

concedido.

.....
.....

Piel contra piel. Una inigualable y electrizante sensación, comienzo del camino de ascenso hacia la más completa, íntima y placentera unión entre dos seres que se aman.

.....
.....

El cuerpo de María había despertado de su largo letargo, de su forzada abstinencia, y reclamaba de forma cada vez más acuciante ser satisfecho, ver colmado el deseo tantas veces negado.

.....
.....

Logró inflamarla el cuerpo en sucesivas llamaradas, y latigazos de placer subían por él aumentando sus latidos y arrancando de su garganta sensuales gemidos mientras agarraba con sus manos engarfiadas la ropa de la cama.

.....
.....

Se besaron con ansia depredadora, entrelazando sus lenguas en una especie de batalla de posesión, al tiempo que, con ritmo lento pero acometidas contundentes, perfectamente acompasados, se movían haciendo que el...

.....
.....

Él había continuado el movimiento y unos segundos después, apretándola como si quisiera que formara parte de él, se dejó llevar por una sensación nueva, mucho más intensa, mucho más profunda, mucho más larga, mucho más devastadora, y emitió una sonora exclamación que pareció una carcajada de pura sorpresa y satisfacción.

.....
.....

Había podido sentir la verdaderamente increíble y excelsa sensación de pertenencia mutua y había cambiado su mundo, como si se hubiera derribado una pared mostrándole que había mucho más y mucho mejor que todo lo que conocía, y ya, no podría vivir sin ello...

.....
.....

Michael apoyó un segundo la frente en la puerta, cerró los ojos y la acarició con una de sus manos, queriendo que esa caricia llegara a María. Quería consolarla, ayudarla, pero sabía que tenía que resolver sola sus conflictos, sus dudas, sus miedos...

.....
.....

Michael se dio cuenta de que aún no había comprendido la verdadera dimensión del daño que habían causado a María, y era infinitamente superior a lo que él había creído. Culpa,

arrepentimiento, dolor, pena, instinto de protección, se combinaron en él. La había abrazado cuando ella lo hizo, pero la estrechó todavía más.

.....
.....

Él simplemente apoyó las manos en su espalda, no se atrevió a más, pero tenerla tan cerca, avivó el prohibido deseo de que fuera suya, y el deseo se convirtió en necesidad. Cerró los ojos y tuvo que hacer un enorme esfuerzo consciente para que sus brazos no la estrecharan contra él, para que sus labios no la besaran, no buscaran los de ella, para que su garganta no emitiera un lastimero quejido por no poder tenerla.

.....
.....

Y María recordó, su cuerpo recordó, y su interior se contrajo deliciosamente, notando cómo subía la temperatura de su cuerpo. Levantó la mano para acariciarle la cara, giró la cabeza y le besó en la boca de una manera que dejaba claros sus deseos.

.....
.....

María esperaba que repitiera los dulces besos por su espalda, así que la pilló desprevenida cuando la recorrió la columna rápido presionando con la lengua y la sensación fue más intensa. Una especie de corriente eléctrica subió por su espalda siguiendo la caricia, a lo que ella respondió con una inspiración sonora y profunda.

Michael sonrió. Disfrutaba sorprendiéndola, provocándola,

excitándola.

.....
.....

Con la espalda pegada a él, la cara levantada, la cabeza apoyada en su hombro, los labios entreabiertos y respirando con gemidos cada vez de forma más profunda y precipitada, sentía su interior dilatarse, humedecerse, disponerse para recibirle; y el cálido cosquilleo inicial en su bajo vientre fue haciéndose paulatinamente caliente, ardiente, abrasador, repartiéndose por todo su cuerpo hasta que su piel quemaba.

.....
.....

La recorría el cuerpo con una mirada penetrante, intensa, golosa, de ojos verdes febriles de deseo carnal con ese fondo que ella tan bien conocía de instinto primario, brutal, que era combustible incendiario para su cuerpo.

.....
.....

Michael veía la urgencia crecer en María, veía cómo esta intentaba aumentar el ritmo, pero la contenía, se negaba a aumentarlo, llevaba demasiado tiempo deseando hacer el amor con ella y quería prolongarlo, además de que disfrutaba enormemente llevándola al límite. Continuó con su gozosa y lenta posesión y...

.....
.....

Como si no hubiera mañana, ni mundo, ni tiempo, ni nadie, ni nada, solo la necesidad de estar juntos, de unirse, de pertenecerse de todas las maneras posibles, de la forma más completa, eternamente. Como si esa necesidad fuera una droga irresistible, una orden que estuvieran obligados a acatar por encima de su propia voluntad y raciocinio, extenuaron sus cuerpos, sus mentes, hasta superar el umbral del dolor.

Si el amor y el deseo tuvieran forma, sería la de ellos.

.....
.....

María pensó entonces, divertida, en las caras que pondrían sus hermanas, cuñadas y amigas cuando le conocieran. Le habían visto en fotos, pero las personas, al igual que los espectáculos, son mejores en vivo y en directo. Soltó inconscientemente una pequeña carcajada al recordar cómo bromeaban pasándose entre ellas mensajes con fotos de hombres tremendamente atractivos mostrando sus perfectos y musculosos cuerpos en posturas y situaciones que hacían de ellos auténticos objetos de deseo, mensajes cuyo texto era siempre el mismo, o parecido: «Para usar en momentos de depresión».

.....
.....

Nada más llegar, en el aeropuerto, sometieron a María a un interrogatorio y a un registro exhaustivo, de ella y de su equipaje. El policía que le pidió los papeles pensaba que España era un país musulmán de África, decidió que era sospechosa y que debía asegurarse antes de permitirle entrar en el país. Los intentos de Michael de convencerle de lo contrario fueron infructuosos y,

aunque enfadado, tuvo que ceder. Perdieron más de una hora, aparte de lo violento que fue para María que la examinaran, aunque fuera una mujer la que lo hizo.

.....
.....

Mientras se dirigían hacia el aparcamiento, María, observando sus ademanes, sus andares y escuchando lo que decía y cómo lo decía al hablar con Michael, añadió al análisis del exterior que había hecho de Silvia, que era una niña rica, mimada, consentida, superficial y pagada de sí misma. Tuvo que reprimir una carcajada cuando pensó que era el perfecto prototipo de niña pija, casi una caricatura. A María, al menos, le resultaba un tanto ridícula. Se conformó con sonreír.

.....
.....

–Michael, no puedo ir así vestida por la calle, parezco una...

El vestido era una obra de arte, el problema estaba en que era demasiado ajustado, era elástico; demasiado corto, cubría poco más que su trasero; y demasiado escotado, por delante dejaba al descubierto casi la mitad de sus pechos y por detrás, el escote le llegaba hasta la cintura. El femenino cuerpo de María, de curvas marcadas, era más que visible.

.....
.....

–Impresionantes, ¿eh? –dijo de pronto Silvia acercándose a María para que la oyera, porque entre la música y los gritos de las mujeres era muy difícil oír nada.

–Perdón, ¿cómo dices? –preguntó María que no había entendido, aunque sí oído.

–Los chicos, son impresionantes, ¿no?

María hubiera querido decirle que no le gustaban ese tipo de espectáculos y que Michael era más impresionante, pero optó por agradecer a Silvia.

.....
.....

–Gracias, María –dijo Carmen abrazándola sonriente.

–Es lo menos que puedo hacer. No habría soportado la noche aquí si no hubiera sido por ti.

Los tres se dirigieron hacia la salida de la zona de las celdas.

–Hey, guapo, no quieres llevarme a mí también, estoy segura de que puedes con más de dos –dijo una mujer apoyada contra la reja de la celda cuando pasaron a su lado. Muchas de las mujeres allí encerradas rieron y otras se ofrecieron también acercándose a los barrotes según ellos pasaban, formando un impresionante escándalo.

.....
.....

Durante la cena, María disimuló mostrándose alegre y despreocupada. Intentó hablar con Alana, pero después del segundo monosílabo sin siquiera mirarla, desistió. Alana no volvió a decir absolutamente nada, se limitó a dar mudas órdenes con sutiles gestos al sirviente que atendía la cena. Amanda y su marido intentaron conversar y María les siguió, pero Michael estaba taciturno, respondía, pero era evidente que no le apetecía hablar. Imposible levantar un ambiente tan gélido.

.....
.....

Michael y María, al oír la puerta, se habían acercado al vestíbulo y, lamentablemente, oyeron lo que el padre de Michael decía. Se pararon en seco y a los dos les cambió la cara, como si les hubieran echado un jarro de agua fría. María, en esta ocasión, no pudo evitar reflejar lo que sentía. Michael la miró pidiéndole perdón. Ella entró en el vestíbulo seguida a un par de pasos por él y avanzó dirigiéndose a las escaleras.

.....
.....

Empezó a seguir con el dedo la línea del cuerpo de María. Desde el cuello, pasó por los hombros, siguió por el brazo, que tenía flexionado, hasta el codo, hizo la curva de su cintura y continuó hacia las caderas, y allí, ella le cogió la mano, la llevó a sus labios para besarla y se dio la vuelta. Empujó suavemente a Michael para que se tumbara, apoyó la cabeza en su torso y le abrazó cerrando otra vez los ojos.

.....
.....

Si la casa del padre de Michael había impresionado a María, la mansión de los Belmont la dejó sin habla.

A la finca se entraba por una impresionante puerta de varios metros de altura, de dos hojas de hierro forjado con antiguos y complicados dibujos, coronada por lo que debía ser el emblema de la familia Belmont. Al traspasar la verja, se subía por un camino de tierra prensada, perfectamente cuidado, rodeado de bosque, hasta el final de una colina en la que se encontraba la

casa: una enorme mansión de estilo renacentista italiano construida a principios de siglo XX, toda de piedra de color crema con tejados de tejas rojas.

.....
.....

Rose se separó de María y añadió muy seria mirándola fijamente a los ojos:

–Serás una buena esposa para él, ¿verdad? Si no, te las tendrás que ver conmigo.

Michael abrió la boca para decir algo, pero María se le adelantó.

–Rose, le quiero más que a mi propia vida, casi tanto como tú –afirmó sin apartar ni un segundo la mirada de los viejos aunque vivos ojos de la mujer.

–Entonces, todo está bien –sentenció Rose con una sonrisa de nuevo–. Vamos, tu abuela os está esperando...

.....
.....

María, con la irritación asomando en sus ojos, optó por seguir sin decir nada.

El discurso, más bien sermón, se vio interrumpido por la llamada a la puerta de una doncella que entró haciendo rodar delante de ella un carrito en el que traía el té, y María agradeció enormemente la interrupción. La doncella preparó una taza de té, solo, con media cucharada de azúcar, y puso...

.....
.....

En cuanto oyó la palabra internado, en la mente de María aparecieron imágenes de películas en las que mujeres casi cadavéricas, con estirados moños y expresión avinagrada, maltrataban a niñas en pro de la «buena educación». Un escalofrío la recorrió la espalda pensando en que su pequeña Laura podría estar en un sitio así.

.....
.....

–No creas que estas lágrimas son de debilidad. Para mi desgracia, soy una de esas personas de lágrima fácil a la que todos los sentimientos le salen por los ojos, y lo odio, porque me hacen parecer débil, y no lo soy. Estas lágrimas son de rabia e impotencia porque mi educación me impide... –hizo una pequeña pausa y habló más bajo–, y de tristeza, porque Michael te adora.

.....
.....

Michael se quitó todo menos los pantalones y se tumbó de medio lado junto a ella con la cabeza levantada apoyada en una mano.

–¿Estás tan, tan cansada que me vas a despreciar esto? – preguntó con voz sensual a la vez que le desabrochaba el pantalón y empezaba a acariciarla por dentro de él.

–Tú sigue, y cuando decida despreciarte, ya te lo digo, ¿vale? –respondió ella sonriendo con los ojos cerrados aún.

.....
.....

Vio a Michael sentado sobre sus piernas en la parte de la

misma más alejada de ella, esperándola, más que preparado. Sonrió de forma traviesa, jugando, apoyó las manos en la cama y avanzó hasta él como una pantera, lentamente, mirándole a los ojos, como un depredador acechando una presa que no tiene escape, casi relamiéndose.

.....
.....

Descubrió sorprendida y avergonzada que la combinación de las suaves caricias de Michael, su seductora voz, sentir en el trasero su miembro duro y, sobre todo, lo que su imaginación le presentaba, había ido excitándola enormemente, y ahora sentía su sexo dilatado y ardiente. La furia, la irritación habían desaparecido, y su mente estaba centrada en el deseo carnal de su cuerpo. Así que, cuando él...

.....
.....

María sentía la abrasadora piel de Michael compitiendo con la suya, su sudor mezclándose. Mientras la castigaba con fuertes y rápidas embestidas, entre gruñidos roncocos y respiraciones superficiales, murmuraba en su oído cuánto la deseaba y la quería, cómo disfrutaba viendo su placer casi obscuro, prohibido; y todo ello la fue llevando en un extremadamente gozoso crescendo hacia la perdición de su cuerpo.

.....
.....

Se compró un elegantísimo y carísimo vestido de color rojo carmín que complementó con unos zapatos de tacón alto a juego,

también en el precio. El vestido era de gasa, largo, entallado, de falda recta, escote recto en el pecho y luego al cuello y con manga larga muy pegada. Sobre el pecho llevaba un drapeado de gasa muy apretada en horizontal que continuaba hacia la espalda de la misma manera formando un pico hasta la cintura, desde la que caía, ya libre la gasa, hasta formar una pequeña cola. Un bajo vestido de seda satinada eliminaba la transparencia de la gasa excepto en el escote, por delante y por detrás, y en los brazos.

.....
.....

Mientras hablaba, por el lenguaje que utilizaba, por el detalle con que le describía la personalidad de cada animal y cómo había que tratarlos para sacar lo mejor de ellos y por el cariño con que les hablaba y acariciaba, María se dio cuenta de que Thomas no era ningún vulgar mozo de cuadra, sino un hombre culto, apasionado por estos animales y que lo sabía todo de ellos...

.....
.....

–Hola David. ¿Te aburre también el partido como a mí? – preguntó María mirándole sonriente, más por educación que porque realmente le agradara verle, y siguió acariciando al caballo con el que estaba.

–No, pero quería estar a solas contigo.

Se acercó mucho a ella y la agarró con un brazo por la cintura hablándole al oído.

.....
.....

María estaba hablando con un grupo de gente y vio que Michael salía del salón con Giselle y que ambos se dirigían escaleras arriba y, aunque estaba convencida de que él la amaba y su lado racional le decía que no tenía por qué temer nada, no pudo evitar que un horrible sentimiento de celos se instalara en ella. Continuó la conversación, pero, intranquila, no dejaba de desviar la vista hacia las escaleras esperando ver bajar a Michael.

.....
.....

Al abrir la puerta y verla, Carmen la abrazó, y María no pudo reprimir el llanto, pero Sam se abrazó a ellas levantándose sobre sus patas traseras quitándole todo el dramatismo a la situación, y Carmen y María no pudieron hacer más que reír. María se acuclilló para acariciar al perro.

.....
.....

–¿Por qué está tan triste? La veo todos los días aquí, llorando. Si necesita hablar con alguien, yo puedo escucharla.

María se limpió las lágrimas y giró la cabeza para mirar al hombre que le había hablado. Le conocía de vista, un hombre atractivo con el que se había cruzado cada día en el parque mientras este hacía footing.

.....
.....

–¿Nadie? –repitió ella en pregunta con la voz empañada. Sorpresa, incredulidad, tremenda desilusión y, al final, enorme tristeza. Todos acompañaron en rápida sucesión a la

pregunta y fueron transformando el rostro de María.

Las lágrimas cayeron. Richard, como respuesta, la atrajo hacia sí y la abrazó para intentar aliviar un poco su pena, acariciándola el pelo y besándola en la cabeza con cariño. Sin pensarlo, lo necesitaba, María cerró los brazos alrededor de él...

.....
.....

–Amanda. ¿Me puedes contar qué ha ocurrido? ¿Por qué María ha abofeteado a Silvia y se ha marchado? Alana ha contado no sé qué historia de que Silvia le destrozó el vestido y, aunque la conozco poco, sé que no reaccionaría así por un vestido.

Amanda se sorprendió y se alegró del interés de Robert, ya que no solía preocuparse por nada que tuviera que ver con la familia.

.....
.....

–No voy a dejar que te vayas así. Hablemos, dime algo, pregúntame, dime lo que sientes, dime qué quieres que haga, grita, algo, por favor, no lo dejes así.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas y le miraba angustiada.

Él respondió con voz alarmantemente baja y muy lentamente, como conteniendo una fuerza arrolladora.

–Ahora no, María.

.....
.....

...la giró para que quedara boca arriba. Lo único que vio,

como si todo lo demás hubiera desaparecido, fue una enorme mancha de sangre en su costado izquierdo.

–¡Está herida! ¡Llamad a una ambulancia! ¡Ayuda, por Dios!
–gritó con pánico en la voz.

.....
.....

María esperaba a pie de pista, junto con otras cuatro mujeres, la llegada del avión. La angustia se palpaba en el aire que las rodeaba. La angustia suplicante del que espera que el ángel de la muerte no se detenga en su puerta. El silencio era absoluto, mortal. La acompañaba una de esas noches de principios de septiembre llena de paz y belleza en la que la naturaleza te engaña para que creas que no hay nada de qué preocuparse, con un cielo limpio y estrellado, y una temperatura suave y agradable, pero María no sentía paz ni veía belleza, sentía frío. Quizás no en su cuerpo, pero sí en su alma, y se abrazaba un poco encogida mientras hacía vibrar sus piernas nerviosa.

.....
.....

Le habían limpiado y puesto enormes y gruesas gasas sobre ellas para contener la hemorragia, pero la sangre, mucha sangre las empapaba ya. María palideció al verle. La extrema quietud, la sangre, ¡Dios, cuanta sangre! –la camisa abierta casi goteaba, roja–, y ese olor, condensado al cerrar las puertas de la ambulancia –el olor de la presencia de la muerte acechando, esperando su turno– fueron haciendo crecer el horrible malestar que, partiendo de su estómago, había avanzado por toda ella. Con manos temblorosas, María sostuvo la mano...

.....
.....

...delicadamente con la mano y la besó suavemente en los labios, pero anhelaba más. La cubrió los labios con los suyos besándola lenta y dulcemente; y ella le respondió, aunque luchando en su interior. Sabía que era un error avivar un sentimiento que debería haber permanecido como un maravilloso, un valioso recuerdo solo, pero después de haber sentido su pérdida, necesitaba tenerle aunque fuera por un instante. Y el beso se fue haciendo más profundo, más intenso, pero con la dulzura que da la tristeza.

.....
.....

Al placentero ataque a su cuerpo, María respondió cerrando los ojos, presionando las palmas de las manos contra la mesa, arqueando la espalda y entreabriendo la boca permitiendo que saliera la evidencia de lo mucho que le gustaba el mismo. El nuevo e inflamable combustible, la incendió.

.....
.....

Stephanie estaba en uno de los márgenes de la piscina cubierta mirando a los hombres que entrenaban cuando, por detrás, se acercó María.

–Steph, deberías cerrar la boca –le sugirió riendo.

–¿Eh? ¡Ah!... ¿Se notaba mucho? –contestó ella avergonzada.

–Te transportan a la Grecia Clásica, ¿verdad? No te preocupes, a mí me pasó lo mismo la primera vez que los vi así. – Y acercándose a su oído, como si le contara un secreto, añadió–:

Saben el efecto que producen en nosotras, y les encanta.

.....
.....

–¡No, es lógico que te lo recordara! Josh es como un dios vikingo, y si le conocieras, verías lo fácil que es enamorarse de él.

–En cualquier caso, no creo que tenga ninguna oportunidad – respondió Stephanie terminando con un suspiro de desánimo aunque conformándose.

.....
.....

Al día siguiente, domingo, en cuanto veía la oportunidad de que Michael no pudiera verla ni oírla, María intentaba hablar por teléfono con Josh, pero no consiguió que contestara en todo el día.

El lunes, en la base, le buscó. Necesitaba con urgencia hablar con él. Sentía un desasosiego, una desazón, un terrible malestar que le impedía pensar en otra cosa. ¡Se sentía tan horriblemente culpable! Ella y solo ella era culpable de haber...

.....
.....

María agradeció la claridad de mente y el control de las emociones que tenía Stephanie. Muy al contrario que ella, al menos ese día, en esa difícil situación. Se la veía tan serena, parecía tener tan claro lo que había que hacer...

–Yo le cuidaré contigo –dijo enseguida María.

–No. –La rotundidad con que lo dijo Stephanie molestó a María por un ínfimo instante. ¿Celos? Se preguntó. No, no era

eso. Sin apenas pausa, Stephanie se explicó—. Su amor por ti y la imposibilidad de tenerte...

.....
.....

Siguieron empujándolos hasta llegar a una gran sala rectangular situada en uno de los lados del edificio cuyo techo estaba surcado, en su parte más estrecha y no en su totalidad, por gruesas barras metálicas de las que colgaban unos enormes ganchos. Debía tratarse de un antiguo matadero, producía escalofríos. De dos de las barras habían colgado largas cadenas y las habían sujetado al suelo. Los separaron con violencia y les ataron cada muñeca con una cadena, uno enfrente del otro, mirándose, y tiraron de ellas levantándoles los brazos abiertos hasta que quedaron casi colgados.

.....
.....

Michael odiaba su cuerpo por sentir placer en ese momento. Le excitaba el asco y el odio que sentía. Un odio profundo, negro, visceral, nacido en lo más hondo de sus entrañas que le pedía rodear su garganta con las manos y apretar, apretar, apretar... lentamente hasta aplastarla mientras...

.....
.....

Con una máscara de hielo por rostro, se acercó al hombre, apoyó el arma en su pecho y disparó tres veces. Se dio la vuelta y salió del edificio. El soldado se quedó helado.

—Señor, tengo que dar parte de esto, acaba de matar a un

hombre desarmado a sangre fría –dijo cuando reaccionó, dirigiéndose a Josh.

–Venga conmigo –le pidió este.

.....
.....

Michael y sus hombres corrían a través de la abigarrada vegetación de la selva colombiana. Acababan de destruir un depósito de armas destinadas a comandos terroristas y los traficantes los perseguían. Tenían que llegar a un claro en el que los esperaban dos helicópteros para sacarlos de allí.

Uno a uno fueron saliendo de la selva y siguieron corriendo hacia los helicópteros, preparados para elevarse en cuanto el último hombre hubiera subido...

.....
.....

Se marchó del despacho, se marchó del edificio del GLAI, se marchó de la base, se marchó del pueblo, y se habría marchado del mundo si hubiera podido, pero se conformó con ir a una pequeña cala, a la que solía ir con Michael, a una hora de camino desde su casa.

Tenía que sacar toda la furia y, en el fondo, terror que había en ella para poder pensar con claridad...

.....
.....

Hizo la cama, obligando a las lágrimas que luchaban por salir de sus ojos a retroceder una y otra vez y limpiando rápidamente alguna que se le escapó para que si él llegaba no la viera llorando;

y después de hacerla, fue al salón, en el que Michael estaba mirando la televisión, y le dijo, desde la entrada, que estaba cansada y se iba a dormir, se dio la vuelta y se fue sin darle tiempo ni de volver la cabeza para mirarla, como cualquiera hace de forma refleja cuando otro le habla.

.....
.....

–Ven, siéntate aquí conmigo –le pidió con dulzura cogiendo a la niña por debajo de los brazos para sentarla en su regazo al tiempo que apoyaba la espalda contra la pared–. Michael está siempre muy ocupado y, aunque él quiere, no puede ir contigo, ni va a poder hacerlo. Es mejor que, a partir de ahora, no contemos con él. Le diremos a tu profesora que nos busque algo que podamos hacer tú y yo, ¿vale? Seguro que es algo muy especial – continuó diciendo a la vez que la acunaba.

.....
.....

Esa palabra tuvo el mismo efecto en María que el golpe que le da un guerrero a su adversario cuando este yace en el suelo vencido para que no ose levantarse.

Michael le dio un beso en la mejilla. Un beso falso, porque creía que debía hacerlo. Un beso que para ella fue como si le hubieran puesto una brasa ardiente sobre la piel. Ese beso fue el golpe de gracia. En el rostro de María apareció una sonrisa triste.

.....
.....

Michael continuó excitándola utilizando sus impresionantes

habilidades sexuales, pero algo en él había cambiado, algo había escapado de él disipándose como polvo en el aire. Ejecutaba una obra aprendida, y muchas veces ensayada, de forma automática. No había nada más que sexo. María sintió que no le importaba si era ella u otra, cualquier otra.

.....
.....

La respuesta la hirió, profundamente, infinitamente más de lo que Michael suponía. Él no era capaz ni de acercarse a imaginar cómo ella le quería, y por tanto, incapaz de imaginar la magnitud del daño que acababa de causarle. Mientras él hablaba, los ojos de María se llenaron y desbordaron en forma de enormes lágrimas que rodaban por su cara empapándola. Tiró de la sábana hasta que tuvo lo suficiente como para cubrirse con ella, se avergonzaba de su desnudez frente a él.

–Vete, por favor.

.....
.....

Se separó de ella, no mucho, lo justo para poder desviar la vista un instante hacia sus bellos ojos y volver a mirar sus jugosos labios. Abrió un poco la boca, cubrió los labios de María con los suyos y los cerró despacio abriendo, al mismo tiempo, levemente los de ella con la punta de la lengua en un beso increíblemente dulce y húmedo pero cargado de sensualidad. Sus labios eran tiernos, cálidos, deliciosos... y esa manera tan especial, tan extraordinaria de besar que era capaz de derretir una roca... María olvidó durante un segundo cómo respirar. «Debe ser genético», pensó. Entonces, Robert...

.....
.....

Michael condujo sin rumbo al principio, después se dirigió a Londres, al aeropuerto de Heathrow, y allí cogió el primer vuelo que salía para los Estados Unidos, un vuelo a la ciudad de Nueva York. Alquiló un coche y condujo sin descanso hasta Newport, buscando a la única persona con la que siempre se había sentido querido, seguro, protegido. Necesitaba su consejo y su consuelo.

.....
.....

Recorrió la casa habitación por habitación recordando en cada una de ellas a Michael, los momentos buenos y malos, maravillosos y desgarradores; y con cada recuerdo, sentía como si la arrancaran un trozo de su cuerpo y un trozo de su alma. Sentada sobre sus piernas en el suelo, en el vestíbulo, con la cabeza apoyada sobre sus manos en una de las cajas, lloró, y su llanto incontenible duró hasta el amanecer.

.....
.....